

("El Día Gráfico" Barcelona, 7 noviembre 1914).

He leído una entrevista del Caballero Andaz con Manolo Bueno, y entre las confesiones que le hizo este nuestro publicista, que es hombre tan sagaz y de espíritu tan fino, hay una que me ha sorprendido. Entre juicios, a mi parecer muy acertados, sobre nuestra política, dijo Bueno que ella le atraía muy poco y que no sentía gran cosa la ambición política ni el cosquilleo de ocupar altos puestos en ella. Lo comprendo y me parece lo natural tratándose de Bueno. Ahora lo que no comprendo tanto es que le dijera que estimaría en más, en mucho más, llegar a ser académico de la Lengua.

No he podido explicarme todavía la sugestión que sobre muchos de nuestros buenos literatos—de los buenos de verdad—parece ejercer la Real Academia de la Lengua. Aún recuerdo lo que escribí cuando me preguntaron si creía que Armando Palacio Valdés debía entrar en la Academia, y fué que socialmente lo mismo daba que entrase o no; que era ello un asunto puramente privado, en el que los demás, y ni aun los devotos de la obra de Palacio Valdés, teníamos por qué mezclarnos.

He visto después a Benavente académico; a doña Emilia, cuya enorme e intensa labor literaria pocos admirarán más justamente que yo, empeñada en que se le abran las puertas de la Academia, y a «Azorín» preocupado también de lo mismo.

Si hay razones de orden personalísima y privada que les mueven a ello, me callo; pero si buscan prestigio o consagración, lo repito, no me lo explico. Porque la Real Academia ni da ni quita prestigio literario.

Si ha de considerarse esa corporación oficial—cuyo único valor positivo consiste en elegir un senador, en permitir a sus miembros formar parte de tribunales de oposiciones a cátedras y en procurarles dietas cuando asisten a las sesiones;—si ha de considerarse esa corporación oficial, digo, como una especie de legión de honor de los conspicuos de las letras, ya que no un panteón de futuros inmortales, entonces está de más que dé informes técnicos y que haga diccionarios y gramáticas y pretenda legislar sobre el idioma. Porque un gran estilista, un excelente escritor, puede entender tan poco de eso como un atleta o un acróbata de la fisiología de los músculos, o un gran cantante de la fisiología de la larin-

#44



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES

ge y de la voz. Y por eso no habría estado tan desatinada la Real Academia cuando ha preferido un lingüista, o un filólogo, un crítico erudito, a un escritor famoso, si no fuese porque esos lingüistas son, a las veces, de pacotilla, y aun cuando sean de oro fino—que más de uno hay en la Academia,—sobre la lengua ni se puede ni se debe legislar. Y hasta creo que el lingüista, aun siendo sabio de verdad, es peor que el hablante de instinto y de gusto. Dios nos libre de una lengua modificada por lingüistas!

La verdad es que la Academia misma de la Lengua, una corporación encargada de limpiar, fijar y dar esplendor al idioma, de legislar sobre él, es ya en sí y por sí un perfecto disparate. Y donde no hay semejante absurdo, las gentes escriben y se entienden entre sí con más limpieza, con más firmeza y con más esplendor que donde él funciona.

Pero el caso es que aquí, en España, no sé si llegamos a media docena los escritores de alguna notoriedad que, sin fingimiento, no concedemos importancia alguna a la Academia. Ya hemos visto cómo escritores de mérito, de verdadero mérito, de independencia de criterio, de una cierta genialidad—como son doña Emilia, y Benavente, y Bueno, y «Azorín»—parecen concederle valor a la Academia. Sin que sirva decirnos que quieren entrar en ella para modificarla e infundirla nuevo espíritu. La Academia, como es en sí y por sí, en su esencia, un disparate, es inmodificable en su mejor sentido y no cabe darle espíritu ni bueno ni malo. Responde a una concepción del lenguaje totalmente desatinada.

Y esa absurda reverencia a la Academia, aun de parte de muchos de aquellos que más la combaten, se observa también en el acatamiento a sus prescripciones ortográficas hasta cuando éstas son descabelladas y pedantescas. Que se acepte, por ejemplo, el suprimir los acentos de la preposición *a*, y de las conjunciones *e*, *o*, *u*, bien está, porque esa supresión responde a una realidad, la de que esas partículas son, como otras muchas en castellano, átonas proclíticas, cosa que ignoraba la misma Academia, que nos dijo que en castellano todos los monosílabos son agudos—¡estupendo!—y que ignoran los versificadores modernistas que se empeñan en rimar la preposición «de» o la preposición «sin», v. gr. con «só» y con «serafín», es algo que está muy bien. Pero que se acepten esas pedantescas



y ridículas reformas que tienden a restablecer cosas bien muertas, como la p de «septiembre» o la b de «oscuro» o a escribir letras inútiles como la h de «harmonía», es cosa que no me explico. Y casi todos nuestros periódicos han adoptado y siguen las desatinadísimas reformas o mejor deformaciones ortográficas académicas.

Y nada se diga de esos pobres diablitos que, para fijar el verdadero sentido de un vocablo, acuden al esperpento del Diccionario académico—su última edición, la décimotercera es la peor, pues lo han ido empeorando—o estiman que no es legítima palabra castellana la que escapó a la robusca académica.

Bastante destrozo causa en nuestra instrucción pública el que sea de texto en nuestras escuelas de primera enseñanza para la asignatura—¡qué nombre tan feo!—de gramática—que debía desaparecer de ella, pues para enseñar clasificaciones y nada más que clasificaciones gramaticales y definiciones absurdas—bastante destrozo pedagógico causa el que sea de texto en las escuelas el terrible «dipátome» académico, símbolo del centón de disparates de su «gramática».

A nuestro malogrado amigo Mariano Miguel de Val se le ocurrió fundar una Academia de la poesía que, gracias a Dios, nació muerta y se ha olvidado ya. Porque de otro modo ya tendríamos legislación sobre el ritmo y la rima, y quién sabe si se nos querría imponer, en nombre de la limpieza, la fijeza y el esplendor, la versificación bailable, que es la única que dicen que les suena bien al oído los que llevan el compás con los pies y se pierden así que se encuentran con versos que no se bailan, que no son metronómicos como los de don José Zorrilla, pongo por caso. No, no, no; nada de Academias, ni de la poesía ni de otra clase cualquiera.

Y en todo caso que se cree nuevos colegios electorales o nuevos modos de proporcionar dietas y pensiones sin inventar fantasmagorías de esa laya.

Miguel de Unamuno.

